

El Corazón en la mente hebrea

José A. Delgado-Iribarren S. I.

Un sacerdote de Francia encontró una gran indiferencia entre los directivos de las organizaciones juveniles católicas cuando se trató de organizar en verano de 1945 un Congreso del Corazón de Jesús.

Con esta ocasión hizo una encuesta entre jóvenes de 17 a 30 años y sacerdotes que trabajaban con esa edad. Muchas de las respuestas eran una triste revelación: el Corazón de Jesús no decía nada a los jóvenes. (1) No que éstos no fueran piadosos y aun buscaran y amaran el Evangelio, sino que les parecía esta devoción impropia de sus espíritus recios y renovadores, y el símbolo, concretamente, anticuado.

Los ataques iban siempre dirigidos contra las imágenes blandas y afeminada y contra esa literatura ascética decadente, que admiraba los tratados sobre esta devoción con epítetos empalagosos.

«El hombre moderno reacciona muy fuerte contra los rasgos de sentimentalismo romántico que dominaban a fines del siglo XIX», decía un estudiante de 22 años.

«El amor derramado en mi corazón exige solamente una cosa: volver a la fuente de ese amor. Fuera los símbolos y las concreciones», escribía otro de 24, sin darse cuenta de que en sus frase utilizaba el mismo símbolo que pretendía rechazar: el símbolo humano, uni-

versal y eterno con el que siempre se ha representado esa fuerza grande y primitiva, creadora de valores, que se llama el amor.

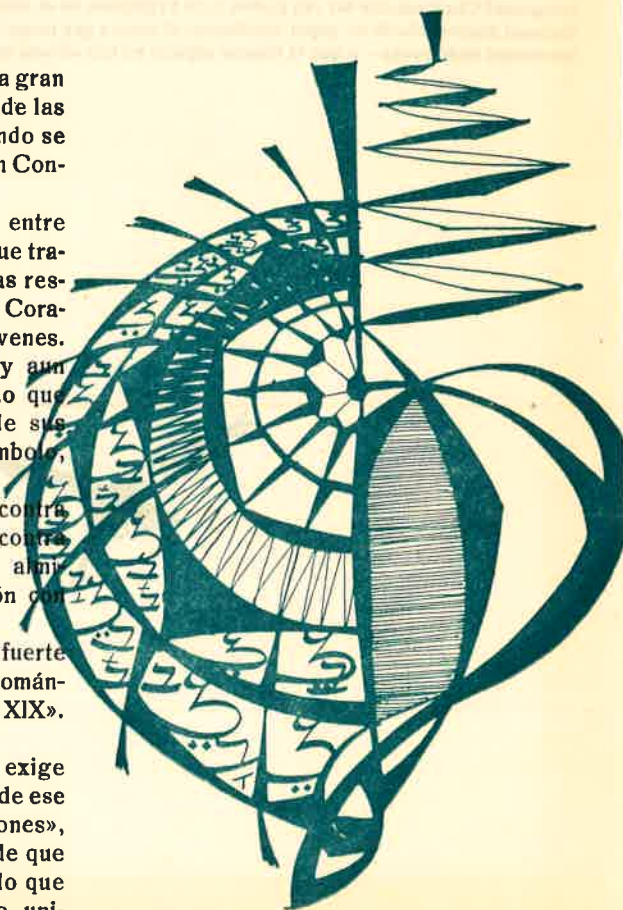
Son muchas las cuestiones que suscitan estas respuestas juveniles; pero nosotros ahora, solamente nos vamos a fijar en la misma palabra que centra y especifica esta nueva forma de adorar a Cristo: *el corazón*.

Nada de sensiblería romántica del 19, sino el vocablo vigoroso y escueto tal como aparece en la literatura del pueblo hebreo, muy ajeno por su historia y su geografía a la bruma romántica de centroeuropa.

Corazón en hebreo, *leb, lebab*

en griego, *καρδια*

en latín, *cor*



La visión comprensiva de los israelitas

No tuvo este pueblo privilegiado— el de la cautividad y el Éxodo o la promesa fecunda de las Estrellas— grandes filósofos, oradores, sabios o estrategas como otras naciones del oriente, pero tuvo en cambio «la divina biblioteca», como llamaba San Jerónimo a la Biblia, donde justamente ha colocado su corazón.

El estilo de este libro— el Libro sagrado por excelencia— es objetivo, directo y vital; las metáforas surgen de repente como palmeras que interrumpen la sucesión monótona de las arenas. Y estas metáforas o palmeras se cargan de espléndidas ideas capaces de iluminar la mente de muchas generaciones. Entramos en el mundo bíblico. Es preciso que nos despojemos de esa mentalidad dualista platónica, *espíritu-cuerpo*, que atenuada por Aristóteles y recogida por la Escolástica, ha servido para explicar la maravilla del compuesto humano.

La visión que el hebreo tiene del hombre y sus últimas realidades, es comprensiva y total. Parece casi carecer de partes como el espíritu; de una ojeada abarca el cosmos, y después lo expresa con su frase robusta, que a veces dulcifica una imagen.

Las nociones que repartimos nosotros— herederos intelectuales del racionalismo griego— por las líneas superpuestas de un esquema, como un andamiaje ideológico por el que ascendemos a la síntesis, las resuelve y sintetiza el autor hebreo con una palabra que arranca un bloque vivo a la realidad. Así la palabra «carne», por ejemplo, no solamente significa este puñado de materia organizada que contradice al espíritu, como diríamos en el lenguaje de la ascética cristiana, sino que se toma por el conjunto de la naturaleza humana.

«El corazón, este aparato sabio y complicado de llaves, de válvulas y de compartimentos no está solamente llamado a dirigir en nosotros la orquesta orgánica, a darle y medirle la vida; sino que al mismo tiempo que palpita, escucha y no sin razón se ha dado a sus dos asideros superiores el nombre de *aurículas*. No es bastante para él el dar un nuevo impulso a este flujo continuo y circular que ha recibido, traductor del Soplo, con Adam, de la boca del Eterno; ni el que no cese después de su puesta en marcha de verificar en los grados más delicados y diversos de su equilibrio y de su suspensión nuestro paraíso mortal (este paraíso que no cesa en nosotros de ser contemporáneo con su propia creación). El poeta al mismo tiempo que hace, escucha en el eco más fino y alejado, el impacto del impulso creador sobre la obra realizada y de la fuerza sobre la función».

Paul Claudel «Études Carmélitaines»
Le Coeur (Brujas, 1950), p. 11

Un ejemplo privilegiado

Pero la palabra corazón constituye un ejemplo privilegiado; no sólo porque sea uno de los vocablos que más se repiten en la literatura sagrada— casi un millar de veces— y en tan varios sentidos, como vamos a ver, sino porque expresa en una síntesis viva la riqueza de una personalidad sin aislar jamás o colocar en oposición, en ella, el movimiento profundo de la efectividad y el de la mente o la voluntad.

Pasemos revista a los principales sentidos que tiene este vocablo en la Biblia para después venir a uno solo que los unifique.

Nunca olvidaron los israelitas el sentido primitivo de la palabra, y así nos dice un proverbio que «*del buen estado del corazón depende la salud de todo el cuerpo*» (Pro 19³⁰), pero es de notar que nunca emplean la palabra «leb», al tratar de animales, sino siempre en un sentido racional y humano (2)

(1) Seelsorge 24 (1953-54) 56-61.

Y con tal lujo de matices que con sólo ella podríamos llenar un esquema de la filosofía del hombre, donde no faltarían ninguno de los conceptos tradicionales. Porque en el corazón radica la memoria, es un tesoro, tabla en que Yahveh escribe sus misteriosos designios o tierra agraciada donde se siembra y germina la palabra de Dios, (3) La palabra «leb» es más rica de sentido entre los orientales que en las interpretaciones de los occidentales, donde casi siempre se circunscribe a la pasión amorosa.

El corazón de la Biblia despliega las actividades del intelecto. Él conoce, medita, reflexiona, vigila y habla o siente los vaivenes afectivos de todas estas operaciones (4). Y así el corazón del salmista se estremece de júbilo, se exalta o se deprime, turba, entristece, gime como las cuerdas del arpa, o finalmente se derrite como cera cercada por el fuego de las persecuciones (5).

Ya se ve por lo dicho que la palabra «leb», «lebab» desborda los sentidos tiernos que ha adquirido en las lenguas modernas. Aquí aparece el corazón como un Rey y un trono, dominador de las tendencias apetitivas. Dios concede el supremo don de la realeza al corazón del Rey Sabio; y cuando éste gobierna a su pueblo con prudencia admirable, tiene en la mano derecha el corazón como si fuera su cetro. Por el contrario, el corazón del necio es como ceniza, «como vaso de arcilla resquebrajado, que deja perder su contenido» (6).

Al hablar del alma es necesario de nuevo prevenirnos contra el antiguo binomio, inculcado en los tratados de psicología, que distingue entre mente y corazón, fuerzas iluminadoras y poderes ejecutivos como si se tratara de la República de Platón. La realidad se ofrece llanamente en la Biblia como la contemplaba el profeta Isaías, para quien querer era sólo poner el corazón en una di-

rección determinada (Is 10 7). En él está la fuente de donde brota la vida psíquica en toda su riquísima variedad (7). Nos lo dijo Cristo en el Evangelio. «Del corazón proceden los malos pensamientos y las malas acciones, crímenes, adulterios» (Mc 7 21). Es decir, que es un centro de dispersión vital al cual Dios se vuelve, y en el cual se determina la postura moral y religiosa del hombre (8).

Por eso Dios Juez, con su mirada infinitamente penetradora, no se detiene en la mera superficie del hombre sino que llega hasta el corazón, que viene a constituir como el último fondo de la persona. Con el corazón se sirve a Dios, que no con las palabras (Mt 7 21).

Corazón=personalidad

En la Sagrada Escritura el Corazón es como el centro de todo el hombre, el principio interno, a la vez espiritual y animado, que hace la unidad concreta del hombre y de donde nace su actitud dinámica y su determinación moral. Todo lo que el griego o el helenista llaman νοῦς (espíritu), λόγος (razón), συνείδησις (conciencia), θυμός (ánimo) se encuentra expresado en καρδία y todo lo que afecta al cuerpo (básár) o al alma (néfés) viene a ser conocido claramente en «leb» (9).

Estas palabras de un insigne filólogo alemán nos sirven de resumen y nos introducen en la última parte de nuestro estudio. Ya sólo se trata de recoger ese haz de sentidos disperso y devolverlo a su foco, después de haberlo analizado en un espectroscopio. Buscamos el concepto unitario, provistos ya de datos y de experiencias, y parece que éste no puede ser otro que el de *personalidad*. Este es el bloque captado por los hagiógrafos palestinos en su visión panorámica del hombre y expresado con una sola palabra: «lebab o leb», corazón.

Decimos personalidad, mejor que persona, porque no tanto se quiere manifestar subsis-

(2) VIGOUROUX, Dictionnaire de la Bible, (Paris 1899) II, 825. La frase «Corazón de León», es metafórica. [II Reg 17 10].

(3) Deut 4 9; 8 5; Prov 3 3; Mt 13 19.

(4) Jer 24 7; Ps 18 15; Is 57 1; Cant 5 2; Gen 17 17, como ejemplos respectivos para todas las cualidades mencionadas. Podrían multiplicarse las citas.

(5) Ps 12 6; 15 9; 54 5; 56 8; 72 21...

(6) III Reg 3 12; Eccli 10 2; 21 17.

(7) BAUER, Wörterbuch z. N. T. (Berlín, 1952), p. 731.

(8) KITTEL, Teol. Wörterb. z. N. T. (Stuttgart, 1938), p. 614.

(9) DELITZSCH, System der biblischen Psychologie (Leipzig, 1861), p. 551.

tencia dotada de espíritu y perfectamente individualizada, cuanto *estructuración total de la vida* y de las inclinaciones y disposiciones del hombre asediado por las circunstancias.

La misma actitud de Dios para con sus criaturas racionales se expresa por analogía de la misma manera, y así Él, que tiene un Corazón sabio y susceptible de pena, se inclina benigno sobre las llagas del hombre Job (10). Y cuando Jesús dijo que era manso y humilde de Corazón no quiso sino revelar a los pequeñuelos cuál era la *indole propia de su Persona*, para que no temieran acercarse a Él y hallaran el reposo para sus almas (Mt 11 39).

Pues, a la luz de este análisis, que podría prolongarse y profundizarse más, pregunta-

(10) Gen 6 8; Job 7 17.

mos a esos jóvenes de la aludida encuesta y a otros que se glorían de pensar como ellos, ¿tiene algo de extraño el que ese Dios que habla en el Antiguo Testamento por los Profetas, y se revela en el Nuevo con carne tangible como la nuestra, haya querido manifestarse bajo la forma enormemente expresiva de un corazón..?

Más bien nos parece sumamente congruente el que Jesucristo, que es la Sabiduría del Padre, y el Predicador amable de Galilea, haya escogido para expresarse a Sí mismo la palabra Corazón que sintetiza su personalidad inefable... y al escogerla ¿qué sentido pensamos que Él mismo pretendería, el estrecho, sentimental y manido de un siglo decadente, o ese otro significado pleno, milenario y profundo que adquiere en labios de los profetas de bronce..?

